

# SÓTANO 3

Bernardo Revuelta Pol



*Bernardo Revuelta Pol*

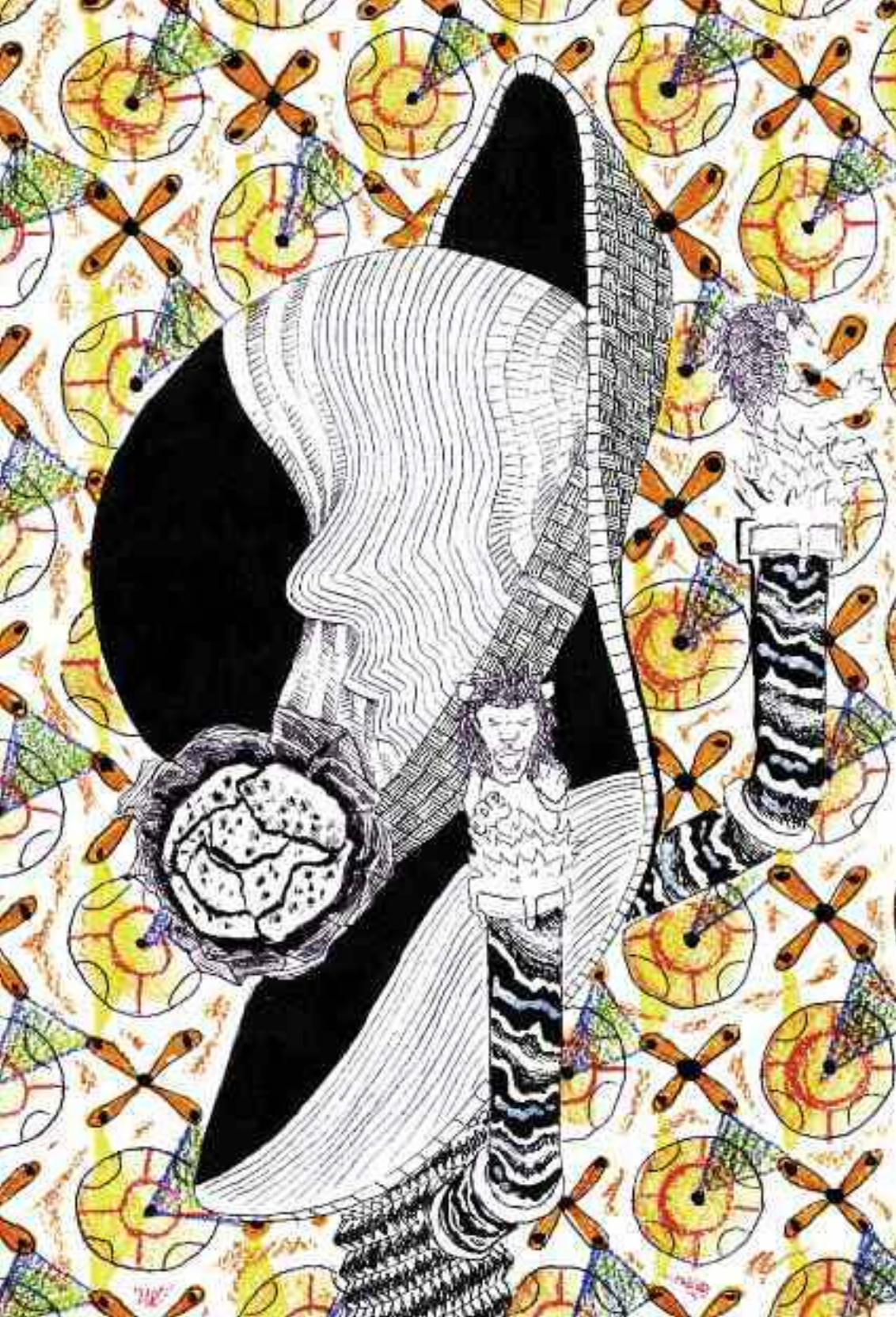
# SÓTANO 3



DOCE  
CALLES

# ÍNDICE

1. Las desventuras de Eunice.....	11
2. El Trastorno .....	107
3. El atentado .....	183
4. El Laboratorio de Teología Experimental.....	245
5. La emboscada .....	309
6. Dea ex Machina .....	389



## LAS DESVENTURAS DE EUNICE

Era costumbre de la hermana Livia acompañar a los últimos feligreses hasta la puerta de la iglesia para luego, una vez sola, permanecer por unos minutos en el exterior disfrutando del apacible escenario de la plaza mayor. En aquel cálido día de comienzos de verano ya se iba acercando la hora del almuerzo por lo que explanada y soportales estaban desiertos, salvo por el joven que sentado en un banco mantenía la mirada fija en la fachada del templo. Se disponía la religiosa a retirarse cuando aquel hombre se levantó y marchó hacia ella, ascendiendo con pasos rápidos los peldaños de la escalinata. Vestía un atuendo propio para el trabajo del campo, aunque no parecía un campesino, y su rostro desencajado o angustiado asustó a la hermana, que retrocedió un paso mientras hacía ademán de cerrar la puerta.

— ¡Espere hermana, por favor! No me deje fuera... necesito confesión.

— El presbítero Oyente ya se ha retirado, hijo— pero el joven hizo un torpe gesto, como si quisiera cogerla de las manos o arrodillarse allí mismo ante ella, mientras repetía —por favor, por favor.

La hermana Livia, algo confusa, dudó unos instantes pero finalmente permitió pasar al desconocido diciéndole que aguardase dentro, mientras ella buscaba al Oyente por si podía atender su petición.

Las dos ventanas de la vivienda del coronel Ponz vertían sobre un amplio y cuadrado patio de manzana, donde también desembocaba la vieja escalera de peldaños de madera que anunciaban indiscretos todo

movimiento de los convecinos. Como cada mañana a la misma hora, el coronel cruzó el espacio enlosado del patio para alcanzar el portalón que comunicaba con la vía pública. En el corto túnel, a resguardo del sol o de la lluvia, le esperaba un motorista para conducirlo a la sede del Registro Central de Antigüallas, donde el oficial de la Milicia Ciudadana prestaba sus servicios. Vehículo ministerial que había aumentado considerablemente el prestigio del coronel entre sus vecinos, aunque fuese tan sólo una motocicleta con sidecar. Cuchicheando con el conductor se encontraba el portero, que calló y retrocedió un paso al ver llegar a Ponz, saludándolo con un gesto menos servil que de costumbre.

— Estará preguntándose cuando cesaré en el cargo y pueda manifestar abiertamente su resentimiento— se dijo el coronel, mientras se acomodaba en el estrecho asiento.

No sería el único en estar contando los días para verle convertido en un desocupado cesante sometido a la tiranía de una pensión mísera. Sabía que era opinión mayoritaria entre los vecinos, aunque procuraban disimularla, que los aparentes privilegios que disfrutaba serían la recompensa a labores o amistades inconfesables y en ningún caso debidos al oscuro e inexplicable trabajo oficialmente desempeñado. No era algo que le preocupase mucho puesto que, con alguna excepción, correspondía a la oculta envidia de aquellos nobles ciudadanos con el menor de sus desprecios. Pero el reciente e imprevisto cambio político abría un abanico de posibilidades que al coronel, amigo de la certeza, generaban una inquietud poco habitual en él.

— ¿Cuál es tu nombre, hijo?

El confesante intentó poner en orden sus pensamientos. Durante la larga espera aguardando la llegada del religioso había logrado sosegar, ayudado por la penumbra del interior de la iglesia, por el silencio apenas interrumpido por el aleteo de algún pájaro anidado en la cubierta, incluso por el perfume del humo de las escasas velas que alumbraban el recinto. Y sin mirar directamente a su interlocutor empezó a hablar:

— Me llamo Adrián Cano. Soy arqueólogo, y trabajo en la Universidad de Barcino, con el Doctor Garralda. Hace dos meses emprendimos unas excavaciones no muy lejos de aquí, en el valle del Balira. Todo iba bien, e hicimos abundantes hallazgos. Importantes, pero nada fuera de lo normal y esperado. Material que al terminar la campaña llevaríamos a la Universidad, donde podría ser estudiado a fondo. Yo estoy, o estaba, preparando mi tesis y me encontraba muy animado pensando en el aprovechamiento que podría sacar de todo ello.

Al llegar a este punto calló el joven, como dominado por algún recuerdo irrumpido a destiempo en el desarrollo de su historia. El Presbítero, arrebuñado en su amplia sotana blanca, las manos reposando sobre un vientre generoso, inmóvil la redonda y rapada cabeza, aguardó paciente a que reanudara el relato. No ignoraba los celos y envidias generados en la dura competencia académica, y sospechaba que iba a escuchar la confesión de algún acto de traición a un compañero, o quizás a un superior. Pero el doctorando Cano retomó su discurso con un tema diferente.

— Fui un niño, y un joven, piadoso. Mis padres lo eran y me enviaron a estudiar al Gimnasio de Nuestra Señora de la Sapiencia. La ciencia me interesaba, en todas sus ramas, y era buen estudiante, por lo que pude ingresar en la misma Universidad donde ahora trabajo. Un día fui consciente de haber perdido la fe. Los hechos e historias relatados en las Escrituras me resultaban del todo increíbles. No me resultó difícil alejarme de las creencias religiosas y de la práctica de los ritos. En el ambiente en que me movía aquello era lo más habitual y de hecho los pocos creyentes que como tal se manifestaban eran considerados gente rara, que no había superado una fase infantil de su desarrollo emocional.

— Sin duda conoces que la Madre Iglesia declara que no hay que interpretar esas historias de forma literal, sino atendiendo a su carácter simbólico, lo que permite dar sentido a la existencia y fundamentar nuestros principios morales— interrumpió el Presbítero, que ya había utilizado aquel argumento muchas veces. Adrián le miró con una sonrisa amarga y contestó:

— Eso que usted dice no es sino la débil y cobarde manera a la que la Iglesia recurre para intentar adaptarse al pensamiento de nuestro tiempo. Pero allí, enterrado durante siglos en un meandro del río, encontramos algo que destruye ese discurso acomodaticio. Una prueba física, palpable, indiscutible. Esos hechos en los que yo no creía y de los que la Iglesia ahora reniega son ciertos. Literalmente ciertos, hermano.

El exhaustivo despacho del todavía Director General, aunque en funciones, con el flamante Secretario de Estado se prolongó durante toda la tarde, adquiriendo en algunos momentos carácter de interrogatorio. El Secretario llevaba días disimulando su decepción por no haber sido nombrado miembro del Consejo de Estado, pero era aún joven y estaba dispuesto a que su mandato en el Ministerio del Conocimiento no pasase desapercibido. Y ello a pesar de haber tenido que aceptar la presencia, como Asesora de la Secretaría, de una hembra feroz, militante incansable del Partido y cuya única función sospechaba que era vigilar hasta su más mínimo movimiento. El Director, funcionario veterano y avezado, había sido capaz de salir suficientemente indemne de todas las cuestiones planteadas por sus nuevos amos políticos, aunque no se hacía muchas ilusiones sobre su permanencia en el cargo, que estaba seguro sería adjudicado en breve a algún joven ambicioso e inexperto. Ya muy tarde, la Asesora sacó otro expediente más y lo dejó caer sobre la mesa, diciendo:

— Como está resultando evidente, la organización de este Ministerio es demencial. Pero esto supera todo lo imaginable ¿qué demonios puede ser algo llamado Registro Central de Antiguallas?

Y al ver el gesto de sorpresa e inquietud que el Director fue incapaz de disimular, sus dos interlocutores supieron que habían dado en el blanco.

Ya eran las diez de la noche cuando el funcionario abandonó el despacho y el Secretario de Estado echó hacia atrás su sillón y con molesta parsimonia sacó y encendió un cigarro. Al final de la jornada disfrutaba



fumar uno de aquellos puros, difíciles de conseguir antes de su nombramiento y cuyo placer se acrecentaba porque sabía lo mucho que esa costumbre suya irritaba a la Asesora, mujer de ideas estrechas e inflexibles en cuanto a lo que se debía hacer y no hacer en todo momento y lugar. Antes, al observar el afán con que su colaboradora había examinado hasta el más nimio dato del expediente de aquel extraño departamento al parecer dependiente de él, se le había ocurrido algo que podría resultarle útil, y una vez solos comentó, con aparente desinterés:

— Probablemente no es sino otro rincón burocrático cuya única función es colocar a parientes y queridas.

A la señora Preto el comentario le pareció una frivolidad, y contestó de inmediato:

— ¿Y cómo se explica la composición de ese Directorio, en el que hay dos representantes del Consejo de Guerra? ¡Y otro de la Madre Iglesia!

— Una Madre Superiora, nada menos. Al menos hay una mujer.

— Si usted quiere considerarla así... Y el representante de este Ministerio ni siquiera pertenece al mismo, es alguien del Eximio Colegio de Doctores. Pero el presupuesto sale de nosotros.

El Secretario frunció el ceño. En más de una ocasión había padecido la influencia perniciosa de algún miembro de esa colección de ancianos atrabiliarios y seniles cuyo destino más caritativo pensaba que sólo podría ser un asilo. Y dijo:

— Tiene usted mucha razón, señora Preto. Mañana mismo aprovecharé la reunión con el Ministro Consejero para presentarle a la firma una orden ministerial. El Eximio Doctor Járate será destituido y usted será nombrada en su lugar. Desde ese puesto podrá averiguar si hay algo más que el polvo de los siglos en ese dichoso Registro de Antigüallas.

La señora Preto llegó temprano a su despacho, tras una larga caminata desde su alojamiento, costumbre adquirida al renunciar al uso del ómnibus del Ministerio. Con sorda indignación se había percatado de que cuando el vehículo llegaba a su parada la planta baja estaba siempre

llena y los funcionarios que esperaban con ella le cedían el paso para así poderla observar mientras ascendía por la escalera al piso superior del vehículo. Ya en la adolescencia el volumen de su retaguardia había sido motivo de ingeniosos comentarios, y desde entonces padecía de una sensibilidad aguda ante cualquier indeseada muestra de atención hacia sus ancas poderosas. Pero se había ocupado de identificar a aquellos rijos servidores públicos y aguardaba vengativa el cercano momento de disponer de un transporte limpio de mirones.

Sentada ante el escritorio, pulsó el timbre y aguardó, más tiempo del necesario, hasta que un mensajero hizo acto de presencia. Le pasó un billete para llevar a la Central de Telefonía, con instrucciones de llamar al Eximio Colegio y reclamar la inmediata presencia del Doctor Járate. Y luego, una vez sola, abrió el cajón que siempre dejaba cerrado con llave y sacó un voluminoso cuaderno impreso. Era la lista completa de los funcionarios del Ministerio, y preparar esa lista para la inminente depuración era la auténtica tarea encomendada por el Partido, además de otras de menor importancia como vigilar al Secretario de Estado, al que ella en particular consideraba un pisaverde de escaso interés. Pasaron las horas sin recibir respuesta alguna del Eximio Colegio, aunque sospechaba que en la Central tampoco se habrían esforzado mucho por establecer comunicación.

— Creerán que sólo van a ser los altos cargos los que pasen a la condición de cesantes— se dijo, pensando en los numerosos funcionarios de medio y bajo nivel que habían cometido la imprudencia de tropezarse con ella, y cuyos nombres estaban cuidadosamente subrayados en rojo en su lista.

El capitán Máiquez, del Arma de Ingenios y Artificios, poseía una sorprendente afición, algunos dirían que incluso perversa, por las tontas. Pues no cultivaba asiduamente las relaciones con este tipo de hembras por considerarlas conquistas fáciles, sino que realmente le gustaban. Escuchaba con atención sus peroratas inanes e interminables, ya tuvieran

lugar en el transcurso de un paseo, una cena o incluso en la más cálida intimidad postcoital. En esas ocasiones en las que cualquier hombre se limita a emitir monosílabos guturales como prueba de no estar disecado el oficial miraba sonriente a los ojos de sus interlocutoras, pendiente de todas sus palabras, y las animaba a seguir con oportunas preguntas y comentarios cuando la tonta de turno perdía el hilo de su discurso.

— Es como un zoólogo fascinado por una especie que sólo él ha descubierto y estudiado. Si no fuera porque es un caballero podría escribir una disertación sobre el tema— dijo una vez el coronel Ponz, a quien los gustos de su subordinado le resultaban incomprensibles.

Hasta bien pasado el mediodía no llegó el ordenanza que traía a la señora Preto la nota con la respuesta del Eximio Colegio. Decía escuetamente que el Doctor Járate podría recibirla a las siete de la tarde, aunque en la propia sede del Colegio. Cuando el subordinado abandonó el despacho, la señora Preto resopló, partió en dos el lápiz que tenía entre las manos y arrojó los pedazos contra la pared. Pero a la hora indicada atravesaba el grande y lóbrego umbral del Ateneo, vetusto edificio donde radicaba la venerable entidad. Se presentó a un corpulento edecán de uniforme gastado y polvoriento que sin responder palabra dio media vuelta y ascendió por los peldaños de la gran escalinata. La Asesora le siguió escalones arriba y luego por una larga galería de cuyas paredes colgaba una interminable hilera de retratos de miembros pasados y presentes de la secular institución, retratos sin duda pintados por sus peores enemigos. El edecán llegó a una gran puerta de hojas de madera oscura, la abrió, se hizo a un lado y con un mero gesto indicó a la visitante que pasara. La Asesora dio unos pasos e intentó descubrir a su anfitrión. La sala era una gran biblioteca, las paredes totalmente cubiertas de librerías cuyas puertas acristaladas dejaban ver los lomos avejentados de cientos o miles de libros. En la pared opuesta a la entrada se abrían tres grandes huecos de balcones, o tal vez pasos a otros recintos, ocultos con gruesos cortinajes. Dispersos por la estancia había algunos butacones de cuero, levemente

iluminados por las escasas lámparas de pie plantadas junto a ellos. En uno de esos sillones se acomodaba un anciano sepultado en un traje negro que parecía tener varias tallas más de la cuenta. La señora Preto se aproximó al que esperaba fuese su interlocutor, quien no hizo el menor gesto de saludo o bienvenida, limitándose a observarla con ojos de iguana.

— Soy Rita Preto, Asesora de la Secretaría de Estado del Conocimiento. Supongo que usted es el Doctor Járate, representante del Ministerio en el Directorio del Registro Central de Antiguallas— dijo la mujer, y quedó esperando una respuesta que no llegó. Incómoda, miró alrededor buscando un sillón próximo para sentarse. Así hizo en uno situado a unos tres metros, hundiéndose tan profundamente en el asiento de engañosa consistencia que por unos instantes creyó estar a punto de dar en el suelo. Recuperando con dificultad una postura más digna, terminó por quedarse posada en el borde del sillón traicionero y dirigió una mirada feroz al Doctor, advirtiéndole que éste no había perdido detalle de toda la peripecia. Y sin quitar sus ojos de las piernas de la Asesora, habló por fin con una voz tan remota que la señora Preto debió inclinarse aún más hacia él para entender lo que decía.

— Sólo dispongo de unos minutos para usted, joven. No divague.

Conteniéndose con dificultad ante la impertinencia del Doctor, Preto respondió secamente:

— El expediente que obra en el Ministerio es tan escueto que ni siquiera es posible averiguar cuáles son las funciones atribuidas a ese Registro. Espero que usted pueda informarme.

— No.

La señora Preto sintió como se le inflamaba el rostro, pero respiró profundamente y contestó:

— ¿No quiere o no puede? — y quedó esperando inútilmente una pronta respuesta, hasta que al cabo de larga pausa el anciano volvió a la vida y explicó:

— Las funciones del Registro son secretas, como estipuló su fundador, el gran Filippo el Cauto.



En la República de Hesperia, deformada imagen de la España que conocemos o recordamos, Rita Preto, aguerrida militante del Partido, cree encontrar una conspiración urdida por elementos del antiguo régimen emboscados en un organismo del Estado. Pero su investigación le descubre unos secretos que van mucho más allá de la intriga política. Lóbregos subterráneos, sociedades secretas, iglesias dinamitadas, disturbios callejeros, tumbas saqueadas, amores contrariados, mujeres con pasado, jovencitas casquivanas, duelos a pistola, secuestros, traiciones y venganzas son los materiales de un relato en el que los personajes viven una aventura de tintes sobrenaturales sin abandonar por ello su reconocible cotidianeidad. Protagonistas empeñados en proseguir con sus convencionales vidas pero obligados a impedir la venida del fin de los tiempos.



DOCE  
CALLES

